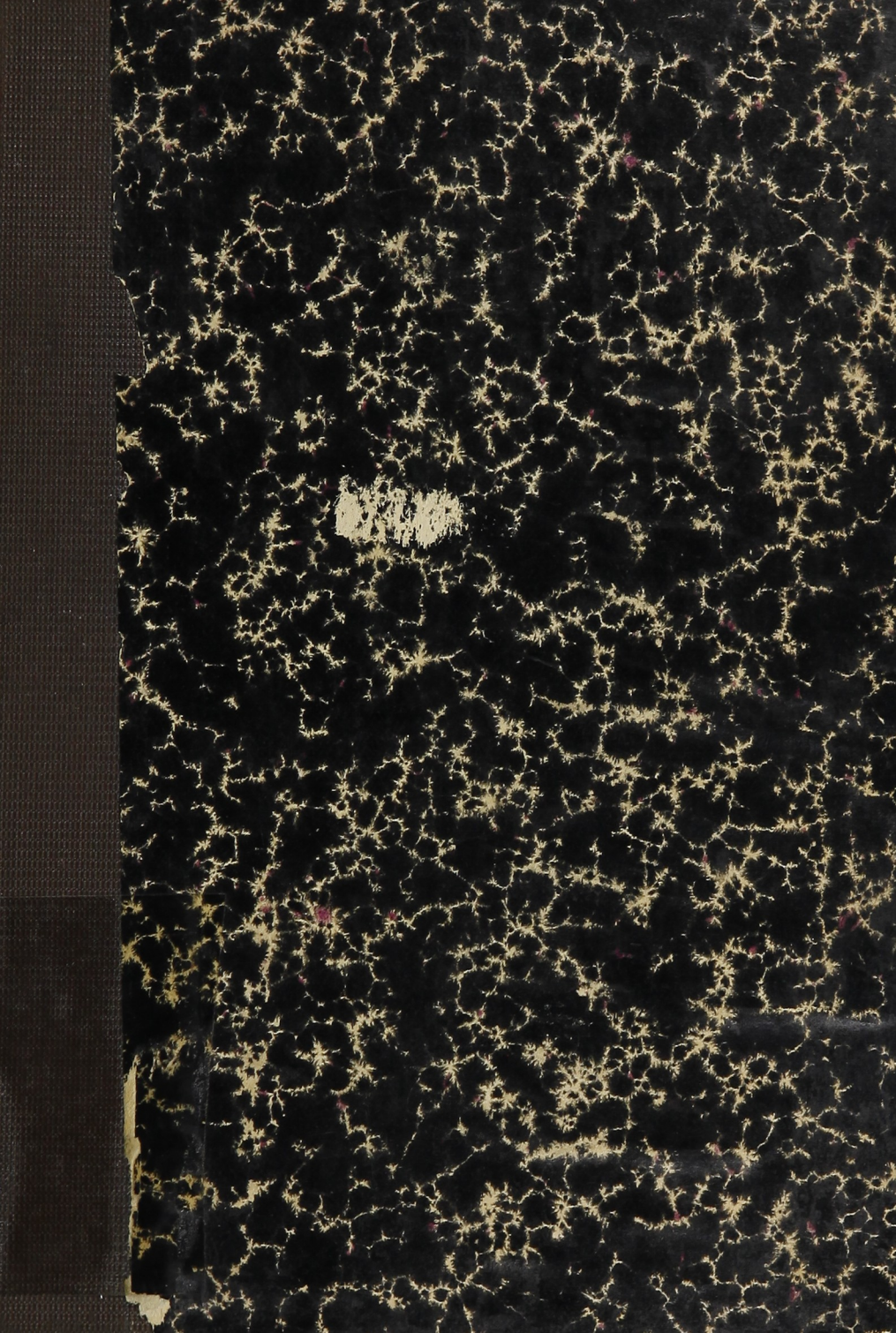




BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación 9A/561-4)

Año Ed. Copia

Registro Seaco

Registro Notis

BIBLIOTECA NACIONAL



0452661

- 1 BAZ
- 2 AAV4
- 3 BAXO
- 4 AAV4089
- 5 BBB1111
- 6 BBB1113
7. BB131114
8. BAX0086
9. BBB1116
10. BBB1117

9A (561-4) p1-10

N.º
31

Lectura Selecta

40
Cts.

Molina
La Hiera

BAZ 2529

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
LECTURA
JORNAL
DE CHILE

LEY
CON
Z

La Japonesita y Novelista

Hepabil

del

Instituto M. T.
SANITAS

Indicado en todas las
afecciones del
HIGADO Y
VESICULA
BILIAR

FORMULA:
EX. HEPATICO,
BILIAR, BOLDO,
ACEITE CROT. VEST.



Obras en venta en nuestro departamento de Librería

- ARTURO GRIPE "Obras poéticas"
 "Poesías sueltas, églogas, idilio"
 Prólogo de Angel Custodio Espejo \$ 8.—
- BELISARIO GUZMAN CAMPOS,
 "Viejas Rimas"..... „ 5.—
- GEORGES BERNANOS, "Bajo el sol
 de Satan" Novela..... „ 6.—
- PIERRE ADAMS y MAURICE AU-
 BENAS, "Memorias de un guardián
 de prisión" „ 6.—
- HENRI BÉRAND, "Lo que ví en
 Moscou"..... „ 6.—
- ALCIDE EBRAV, "La paz turbia"... „ 9.75
- CONRADO RIOS GALLARDO,
 "Después de la paz... Las rela-
 ciones chileno-bolivianas"..... „ 12.—
- GUILLERMO VIVIANI C., "Sociología
 chilena", "Nuestro problema social" „ 7.—
- Dr. CHARLES RICHET, "Compendio
 de Historia universal", "Ensayo so-
 bre el pasado del hombre y de las
 sociedades humanas"..... „ 24.90
- K. KOFFKA, "Bases de la evolución
 psíquica", "Introducción a la psico-
 logía infantil" „ 16.50

GATH & CLAVES

ESTADO Y HUERFANOS





Leuconoe Grey

¡He aquí un nombre que asocia en claro símbolo la tradición helénica y el alma latina arraigada en tierras brumosas!

En efecto, por su ascendiente paterno Leuconoe Grey lleva en sus venas sangre del imperio de Rudyard Kipling, mientras que su madre le otorga la nacionalidad chilena. En uno de sus viajes casó su padre con la suave compañera, que bien pronto iba a dejarle solo, poco después del nacimiento de Leuconoe. Eran los años que residían en Valparaíso, lo cual le valió a la recién nacida ser inscrita como chilena, en cumplimiento con un imperioso deseo materno.

Después sobrevinieron los años inquietos, viajados a través de los mares y de los países del Oriente.

Ella, que después de muchos años, ha vuelto a su patria, después de vivir en los países del Oriente lejano y misterioso, conoce como ninguna los dones del alma de las tierras que hoy ensangrenta la más cruenta de las luchas. Para ella la China y el Japón le son familiares, pues no en vano ha residido en Pekín, Shangay y Yokohama más de quince años que le han permitido penetrar en el secreto del alma y del idioma de esos países.

Hemos tenido la suerte de obtener de Leuconoe Grey estas páginas, que nos ha dejado, antes de partir, con la ruborosa modestia de quien se empeña en querer ignorar los dones de su milagroso talento.

He aquí, en estas páginas saturadas de la nostalgia del ~~re-~~ Oriente, la revelación de una escritora interesante, llena de distinción, fina y triste. El fondo romántico de esta novela, renueva uno de los aspectos más interesantes del exotismo que comienzan a poner una vez más de moda Paul Morand, Claudel y el extraño Pierre Mac-Orlan.

J. S. G.

BAZ 2529

Lectura Selecta

REVISTA SEMANAL DE NOVELAS CORTAS

JOSÉ S. GALLAY
DIRECTOR



GALERÍA ALESSANDRI N.º 8 A
CASILLA 242-V

SE PROHIBE LA REPRODUCCION

Año II

Santiago de Chile, 15 de Abril de 1927

N.º 31

LA JAPONESITA Y EL NOVELISTA

Por LEUCONOE GREY

Ocurrió esta historia en Yokohama, la europeizada ciudad japonesa, hace unos quince años, cuando las mujeres de los pies pequeños tenían apenas unas vagas nociones de civilización occidental, y el delicioso espíritu tan oprimido por siglos de barbarie, como los menudos pies en zapatos grandes como una almendra.

Los hombres de Yokohama habíanse dejado influenciar por los europeos, y habían ensanchado las calles y estirado de un extremo a otro las cintas paralelas de los rieles para que pasaran silbando los tranvías eléctricos. Pero no así sus mujeres. Tenían horror a la electricidad y a la bencina y cuando salían, siempre era en palanquín, en un palanquín menudito, como una caja de bombones un poco grande.

Sin embargo, ya no se ajustaban los pies, y obligadas por sus maridos, las damas del gran mundo solían vestirse con las horribles plumas, y los espantosos sombreros que usaban las señoras inglesas de Yokohama. (Francesas van pocas desgraciadamente), y se veían tan mal las pobrecillas, como una gata

de angora vestida con el feo sombrero de una señora mayor.

Mit-sú, (en esta historia vamos a hablar exclusivamente de ésta y vamos a prescindir de las demás), era la más linda de las japonesitas distinguidas de la época. Mit-sú quiere decir «bésame más» y es un nombre tan común en el Japón, como en nuestros países María o Elena. Tiene, sin embargo, la especialidad que sólo las grandes damas suelen usarlo, porque en el Japón hay castas hasta en los nombres, y no pueden las mujeres plebeyas usar nombres como las señoras de alta sociedad.

Mit-sú era casada con un ministro del emperador llamado Chao-Chin, hombre de unos cuarenta años, muy bien plantado, con unos bigotes muy cortos pegados a una piel extremadamente cetrina, lo que no impedía que doblara la edad a Mit-sú, que apenas cumplía veinte, y que justificaba además su nombre de «bésame más», porque era tan bonita, que daban deseos de besarla indefinidamente.

Si Mit-sú hubiera sido una mujer con tendencias a occidentalizarse, se habría sentido extremadamente feliz con Chao-Chin, que se había europaizado hasta lo sumo y tales eran en este sentido sus aficiones, que su único deseo era desterrar de cuanto lo rodeaba, todo aspecto tradicional, comenzando por su hogar mismo que se empeñaba en revestir con las desabridas chucherías que importaba de Berlín o de Londres.

El único sitio invulnerable a la civilización europea en casa de Chao-Chin eran las habitaciones de Mit-sú.

Es verdad que también había tenido algunas veces que ponerse sombrero y otras unos trajes de baile que dejaban su pecho y sus brazos al descubierto, lo que verdaderamente no la favorecía porque era muy estrecha del tórax y tenía los brazos demasiado delgados como siempre ocurre en las mujeres de su

raza. Pero Chao-Chin lo quería así, y no había más remedio que someterse. Hace quince años, las japonesas obedecían aún a sus maridos, especialmente Mit-sú, que era una dama tradicionalista.

Además de vestirse de esta guisa cuando Chao-Chin recibía en su casa gentes europeas, la infeliz Mit-sú habíase fijado un día de recibo por implacable mandato de su esposo, y había tenido que abandonar sus dulces instrumentos nacionales (especie de cítaras y especie de flautas) por un legítimo Gaveau, importado directamente de París. Sin contar que desde hacía seis años, estaba sometida a las enseñanzas del mismo, por un profesor inglés, según Chao-Chin, una notabilidad extraordinaria y según Mit-sú el mayor majadero del mundo, que aseguraba tener en la señora del ministro del emperador la más brillante alumna que había pasado bajo su tutela desde que recibiera el título hacía más o menos cuarenta años en el conservatorio de Londres.

Tonterías, pero en fin Mit-sú se había acostumbrado al Gaveau, y era lo único que había acabado por encontrar aceptable de los innumerables objetos que en todos los correos hacía venir Chao-Chin. Mit-sú era muy romántica; su profesor lo había observado y le enseñaba con predilección música de Chopin, que Mit-sú descifraba muy pasablemente con sus pequeñas manos.

El día en que comienza esta historia, Mitsú estaba sentada con las piernas cruzadas a la manera de su país en una habitación pequeña, la que ella prefería, la que podríamos llamar su boudoir, bien distinto por cierto del boudoir de una parisiense. Era una pequeña estancia, que para el gusto occidental habría parecido vacía. Tenía en el suelo, en un rincón, un gran cojín que ocupaba casi toda la estancia, y sobre él algunos almohadones diseminados. Un biombo con fantásticos pájaros, decoraba otro ángulo, y del techo, en el centro de la habitación, pendía un farol chine-

co, que se hallaba apagado porque este cuento empieza en la mañana.

Mit-sú, en traje del país, con los brazos cruzados y las piernas dobladas, estaba tan inmóvil que parecía un adorno más en aquel salón demasiado sobrio. ¿Sufría? ¿Se aburría? No era fácil decirlo, al menos de la japonesa de hace quince años. Tampoco es fácil decirlo de las gatas de Angora cuando se recogen en sus observaciones inmóviles. A su lado había un libro cerrado. Se nos había olvidado decir que Mit-sú también leía, y lo que es más gracia, leía también en francés, y en inglés. Ambos idiomas los había aprendido después de casada o por lo menos los había perfeccionado, también por disposición de Chao-Chin, que admiraba la cultura de las mujeres europeas, y fundaba todo su patriotismo en exhibir un ejemplar japonés que no desmereciera en nada de esas inglesas bravías y *sábelo todo* que arribaban frecuentemente a Yokohama. Mit-sú no se había aficionado gran cosa a la lectura, con excepción de un novelista, el único a quien leía sin necesidad de que la obligara a ello Chao-Chin, y más aún, el único al que prefería leer a escondidas de Chao-Chin, Henry Michaud.

Era éste un escritor joven, pero nada más que joven de edad y de estampa. Sus libros se vendían por centenares. Había sabido encontrar el punto vulnerable a las mujeres, quienes lo habían convertido en su autor favorito. En todas sus ediciones aparecía un nuevo retrato de él, en una pose romántica dedicada *in mente* a sus lectoras, con el plausible fin de que se enamorasen de él viéndole tan hermoso. Lo era en realidad en los retratos y es muy probable que lo fuese efectivamente. Aunque ya se sabe que los retratos se parecen menos que a nadie a la persona retratada.

Sin embargo, no era su belleza lo que más conmovía a las mujeres (muchas dudaban de que fuera así realmente), sino la manera que tenía de compren-

derlas. Cada mujer incomprendida, se veía descifrada instantáneamente por el agudo Michaud, y se convertía instantáneamente en una apasionada adora-dora de su talento. Además, este inteligente indivi-duo, no descuidaba jamás el prólogo en sus novelas y se encargaba de que sus prologuistas hablaran así como que no quiere la cosa «de su juventud, sus riquezas, y su apostura». Describían, además, interiores fantásticos, y sus raras y exquisitas costumbres. La riqueza seduce aún a las mujeres más desintere-sadas por las bellezas que naturalmente entraña, y el confort elegante de que se supone está siem-pre, rodeada. Resultado: todas las mujeres estaban enamoradas del novelista, cada cual lo había conver-tido en su secreto amante y aún las más infelices, so-ñaban con encontrarlo algún día y provocar en hom-bre tan sensible, un amor violento.

Mit-sú era como todas, una mujer, y más que to-das, por su sencillez, por sus diferencias raciales, una presa fácil para cualquier novedoso espejismo. Ade-más, Mit-sú, soñando en el novelista y en su última novela que se llamaba «El hombre de los ojos de oro», creía cometer un horrible crimen, lo que no ocurría con las extranjeras, y lo que agregaba en este caso el peligroso ensueño de la japonesita.

Pues bien, la inmovilidad de Mit-sú, en su boudoir oriental, inmovilidad en la que no sabemos, como ya lo expresamos antes, si había tristeza o alegría, se de-bía por lo menos a una preocupación honda. Su ma-rido le había hablado en la mañana de Henry Michaud, más o menos en estos términos:

Chao-Chin, (entrando con una reverencia cortés):

—Mit-sú, buenos días.

Mit-sú, (poniéndose de pie en seguida, y saludan-do con una profunda reverencia, las manos cruzadas sobre el pecho):

—Señor, buenos días.

Chao-Chin.—Mit-sú, te suplico que no me saludes de esa manera y que no me digas señor. ¡Una mujer que habla inglés y francés!

Mit-sú.—Nunca ví a mi honorable madre saludar de otra manera a mi honorable padre.

Chao-Chin.—Tu honorable madre nació hace cincuenta años atrás. Tu honorable madre no sabía francés, ni tocaba a Chopin en un Gaveau importado. Es completamente distinto.

Mit-sú.—No puedo considerarme, señor, sino como sierva vuestra, y vos me exigís que os trate como si fuérais un igual.

Chao-Chin.—Demasiado sabes que lo eres, Mit-sú. Tu familia es más noble que la mía. Recuerda que tu padre no estaba del todo conforme con nuestro matrimonio, y de no haber impuesto el emperador su augusta influencia, no tendría el honor de llamarte mi esposa.

Mit-sú.—¡El honor! Señor, tenéis la suma bondad de burlaros de mí.

Chao-Chin, (muy serio).—Mit-sú, jamás quisiera mandarte nada, pero hoy te ordeno que me trates de tú.

Mit-sú, (con las dos manos en la cara).—¡Señor, si os oyeran mis antepasados y los vuestros! Seré la única mujer en todo el Japón, que tenga tamaño atrevimiento! Ved, señor, lo que mandáis.

Chao-Chin, (comenzando a irritarse).—Me desobedeces aún más de lo que te lo permito, Mit-sú. Cargue yo con la responsabilidad y el enojo de mis honorables antepasados. De aquí en adelante me tutearás y no me saludarás con esas ridículas reverencias.

Mit-sú, (en señal de sumisión va a inclinarse de nuevo, pero recuerda y se pone muy derecha con el tórax excesivamente echado hacia atrás).—Obedezco, señor.

Chao-Chin.—No, señor, no, Chao-Chin, nada más. Pero dejemos esto ya. A pesar de tu educación euro-

pea, eres muy antigua, querida Mit-sú, eres, como te diría yo, demasiado japonesa, (Chao-Chin ha endulzado de repente la voz). Muchas veces te lo he dicho ya. Nadie diría que tienes sólo veinte años. La juventud es generalmente más asimilable a las nuevas costumbres. Veré modo de hacer un viaje contigo pronto. ¿Te gustaría ir a París?

Mit-sú, (con los ojos iluminados).—Sí, señor,... perdonad, Chao-Chin... quiero decir, perdona, me gustaría mucho.

Chao-Chin.—Yo tendré mucho gusto en llevarte, pero no vamos a ponernos en ridículo por ahí con tus tratamientos y tus reverencias.

Mit-sú.—Yo hablaría siempre en japonés con vos... contigo, Chao-Chin.

Chao-Chin.—Tendrías que hablar muchas veces conmigo en inglés y en francés.

Mit-sú.—¿Y cuándo haríamos ese viaje... Chao-Chin? ¡Oh, cuánto me cuesta nombrarte así señor!

Chao-Chin, (riendo).—Pues es cuestión de costumbre. De ninguna manera permitiré que me llames en otra forma, (con tono persuasivo). Más que nada es por patriotismo, Mit-sú. No me gozaría sino en molestarte. En Yokohama hay tantos extranjeros. Y justamente el objeto principal de haber venido hoy a hablar contigo es para anunciarte la llegada a esta ciudad de un nuevo extranjero, llegada de la que estarías ya enterada, si te hubieras acostumbrado a leer los diarios, costumbre que también te parece inaceptable con tus viejos hábitos. El extranjero de que te hablé, llegará a esta casa invitado por mí. Tú le harás los honores. Tú lo admiras, tú no querrás pasar ante sus ojos, como una mujer japonesa necia y esclava, como una salvaje. Esos extranjeros cuentan todo género de leyendas sobre vosotras: que todavía os metéis los pies en zapatos de hierro, y que todavía nosotros os degollamos con un sable de marfil por quitame allá estas pajas. O que os obligamos tam-

bién a abriros el vientre por cuestiones de honor como fué uso en lejanos tiempos....

Mit-sú.—Perdona... *Chao-Chin.* ¿Quién es el extranjero que yo admiro?

Chao-Chin.—Vamos, te interesas. Pues, no quiero continuar avivando tu curiosidad; *Henry Michaud.*

Mit-sú, (con una palidez que más se adivina que se vé en aquella linda carita cubierta con polvo de arroz). —¿El novelista, el novelista?

Chao-Chin.—Yo no sé que exista otro *Henry Michaud.* Tú tendrás el honor y el placer de recibirlo en tu casa. La sociedad inglesa le abrirá todas las puertas. También la sociedad japonesa. Tendrá, además, la altísima honra de llegar a la augusta presencia de nuestro emperador. Para nosotros será un timbre de orgullo el que seamos nosotros los primeros en agasajarlo y yo quiero que tú puedas saborear esta vanidad con tus amigas, que ya están todas locas por conocerlo. (Acercándose a pasos marciales al libro que *Mit-sú* ha dejado entreabierto en los cojines).—«El hombre de los ojos de oro», *Michaud.* Me gusta que lo leas, no hay necesidad que te escondas de mí para ello. Todo lo contrario, todo lo contrario, *Mit-sú.*

Mit-sú.—Yo quería ir a París por eso, señor, para conocer al novelista, pero si el novelista viene hasta aquí, ya no quiero ir yo a París.

Chao-Chin.—¿Es el único novelista que has leído en tu vida, *Mit-sú*?

Mit-sú.—*Chao Chin,* leer otro novelista, sería una especie de infidelidad. A no mandármelo tú, señor, creo que no leeré otro en mi vida.

Chao-Chin, (riendo).—Por ahora, nó, pero quizás más tarde. ¡Eres muy tonta, querida *Mit-sú*!

Mit-sú, (con los ojos bajos).—Quizás he dicho alguna gran necedad, señor.

Chao-Chin.—No grave, no te alarmes... Mañana, ya lo sabes, *Henry Michaud* viene a comer con nosotros. Ordena al cocinero francés que guise en la for-

ma más occidental posible, y al *maître* que disponga las cosas como si se tratara de una vulgar cena de gala en París. (Frotándose las manos). Puede que se le ocurra describir después nuestra cena en alguna novela, y eso dejaría muy bien puesto el nombre del Japón en el extranjero.

Mit-sú.—¿Debo vestirme con los trajes de París?

Chao-Chin.—¿Querías acaso aparecer en kimono? Ya lo creo, con los que recibiste últimamente, Drecoll, me parece, y avisarás con tiempo a Madame Justine para que venga a peinarte.

Mit-sú.—Te obedeceré, Chao-Chin.

Chao-Chin, (irguiéndose con alegre fisonomía).—Eres encantadora *Mit-sú*, hasta pronto.

Mit-sú va a cruzar las manos sobre el pecho para hacer la reverencia tradicional, pero *Chao-Chin* lo impide, cogiéndole la mano y llevándosela caballescamente a los labios.

Era esta conversación lo que tenía a *Mit-sú* sumergida en tan absoluta y pensativa inmovilidad.

II

La noche de la fiesta. Los salones de *Chao-Chin*, resplandecen. Nada falta en ellos de lo que podría encontrarse en cualquier salón de París o Berlín. Más bien dicho, nadie diría que no se encontraba en cualquiera ciudad de occidente. El oriente fantástico, legendario, terrible, no aparecía allí en ninguna parte. Sólo algunas fisonomías sorprendían extrañamente el conjunto. Algunas figuras de hombre demasiado esmirriadas, embutidas en elegantes trajes de corte militar con numerosas condecoraciones clavadas en el pecho, y algunas caras de mujeres, de ojos excesivamente oblicuos y a flor de cara, y narices perdidas entre dos carrillos redondos e informes. Algunas damas no llevaban con soltura los tacos altos y se mo-

vían de un lado a otro torciendo los pies. Otras no podían ocultar una notoria tendencia a velar sus escotes y sus brazos desnudos valiéndose de sus mismas manos. Por otra parte, se advertía el contraste entre las damas inglesas presentes y algunas extranjeras de todas partes, con las señoras japonesas que parecían junto a las otras, demasiado pequeñas y daban la impresión de niñas vestidas por broma con trajes de mujeres adultas.

Mit-sú, cerca de su marido, repartía sonrisas, lujosísimamente ataviada con los trajes que Drecoll fabricaba especialmente para su tipo oriental, y con su sonrisa, repartía la visión de los granitos de arroz de sus dientes. Llevaba un peinado europeo tan bien hecho, que apenas se advertía en él lo indómito de sus negrísimos cabellos, cosa que en la mayor parte de las otras estaba demasiado a la vista. Tenía una manera pueril de inclinar hacia un lado la cabeza como un niño que teme unos azotes y se prepara a esquivarlos. Chao-Chin, le dirigía de reojo unas miradas cargadas de vanidad satisfecha, y tanto niponas como extranjeras, comentaban admirativamente la gracia ratonil de la deliciosa japonesita.

¿Y Michaud? Aún no aparecía, pero precisamente en aquellos momentos, una pareja de criados japoneses que sostenían las cortinas que daban acceso al salón, tiraron de ella con una tiesura mecánica para dar paso al tan esperado visitante. Un murmullo prolongado y luego un admirativo silencio acogió al novelista que esperaban las señoras con tanta ansiedad.

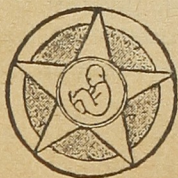
Se hallaba ésta justificada, si se tomaba en cuenta la figura de Michaud, que era arrogante y bastante hermosa. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, que parecía llevar consigo el sabor pleno de la madurez y el atractivo persistente de una juventud perfecta. Muy rico, vestía con derrochadora elegancia, la que anunciaba de lejos en él, que nada le placía tanto como la admiración física que provocaba

su hermoso cuerpo tan prolijamente ataviado. Gastaba un fino bigotillo a la inglesa, unas cejas ligeramente pronunciadas, y unos carrillos sanos imperceptiblemente redondeados aún, pero que acusaban una franca tendencia a la obesidad que seguramente él evitaba a fuerza de deportes. De todos modos, era un tipo de muy buen ver, con una sana y fuerte dentadura, que restaba a su sonrisa un marcado atractivo.

Chao-Chin se dirigió a él con esa cortesía un tanto exagerada, que la imitación de las costumbres occidentales no habían podido hacer desaparecer del todo. Le dirigió la palabra en correcto francés:

—Mi humilde casa se encuentra honrada por tan ilustre visita... y mi esposa, que tiene el honor de saludaros en este momento, se encuentra ruborizada de dicha, porque tiene la alta satisfacción de encontrarse al fin en presencia de su novelista favorito.

Mit-sú, a quien Madame Justine había puesto en las mejillas una gruesa capa de carmín, se había encendido, sin embargo, y sintiéndose profundamente turbada por la presencia del único hombre a quien le parecía haber hecho entrar en la intimidad de su vida, no atinó siquiera a saludar en la forma a que estaba obligada a hacerlo para proceder de acuerdo con las órdenes de Chao-Chin, y con el traje que lle-



PROFILACTICO PRO-RAZA CHILENA

Preventivo eficaz contra las enfermedades de trascendencia social, preparado por la **Liga Chilena de Higiene Social**

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS
AL PRECIO DE UN PESO

vaba puesto, sino que dobló reverenciosamente el tallo y se llevó ambas manos cruzadas al pecho.

Chao-Chin no pudo contener un movimiento de indignación que advirtió el novelista, quien realmente ensimismado con la gracia del inopinado saludo, no atendía siquiera a evitar en forma alguna el extraño acatamiento de la dama que tenía ante sí. Sin embargo, el gesto de Chao-Chin, lo volvió en sí de su admirativa inmovilidad y recogió la mano que Mit-sú le tendía, besándola apasionadamente.

—No merezco el saludo que acabáis de hacerme, señora, pero me complace en ello con la irresistible gracia y el novedoso encanto que habéis puesto en él.

Señoras y caballeros rodearon a Michaud, y a Mit-sú no le fué posible sostener una conversación prolongada, lo que la permitió reponerse un poco de la turbación que había dejado en ella la cólera entrevista en los ojos pequeños de Chao-Chin.

Mientras tanto, el novelista se desenvolvía con la mayor soltura. Se sabía admirado, y no temía errar en ninguno de sus movimientos y actitudes. Pensaba con razón que si algo en él no resultaba correcto o agradable, pasaría seguramente por una interesante originalidad. Por otra parte, el confundido saludo de la japonesita, lo había llenado de vanidad. Había llegado al Japón, deseoso de ser el héroe de una aventura oriental llena de peligros y de situaciones extravagantes. Naturalmente que un enredo amoroso con una dama del gran mundo tendría el doble de resonancia. Desde que la vió pensó en Mit-sú, porque era muy linda, porque era la esposa de un Ministro de Estado, y porque la vió desde luego sojuzgada por su prestigio de novelista.

Pero Mit-sú había desaparecido, y Chao-Chin le parecía que Michaud perdía demasiado el tiempo dedicándose a todo género de admiradores y fué en busca de su mujer. Con la mano pequeña y fría apoyada sobre su brazo, avanzó hasta el novelista.

—Mi esposa me encarga deciros que si disponéis de vuestro tiempo, tendrá particular placer con que la honréis mañana con una visita. Ella es demasiado aficionada a vuestra literatura, para que se conforme con hablar con vos así sólo en presencia de tanta gente.

Michaud miró a Mit-sú, que procuraba en vano sostener su mirada con serenidad.

—Mi tiempo es todo vuestro, señora, y podéis usar de él como queráis.

Mit-sú se atrevió a alzar la voz para decir:

—Vendréis a tomar té conmigo.

—¿A las cinco, como en Europa?

—Sí, pero yo os serviré un té japonés...

—Será delicioso. Os estoy mil veces reconocido.

Chao-Chin creyó que debía intervenir.

—En nuestra casa se toma el té como en Europa. La verdad es que no hay ninguna diferencia, pero como los extranjeros buscan lo exótico en nuestro país, Mit-sú quiere probablemente complacerlos mostrándoos viejas costumbres. Además podrá haceros un poco de música.

—Habéis oído siempre tan buena música, señor, que no podrá complaceros la mía, pero sin embargo haré cuanto esté de mi parte por daros satisfacción a vos y a Chao-Chin.

Michaud oía complacido la voz de la japonesita y saboreaba con el deleite de un viejo vividor, la dificultad con que la deliciosa muñeca alzaba los ojos hasta él.

Poniéndose sin darse cuenta hasta al nivel de las expresiones de cortesía japonesas, Michaud respondió:

—Creo que extremáis una crueldad inútil, haciéndome esperar hasta mañana para oiros tocar. ¿Por qué no os dignáis, señor Chao-Chin, rogar a vuestra esposa que se acerque al piano?

—Dentro de las leyes de la hospitalidad japonesa, todo lo que un huésped ruega, es un mandato. Obedece, querida Mit-sú.

Mit-sú sentía en las manos un temblorcillo que podría dificultar su ejecución, pero como nunca había aprendido a rebelarse, se sentó al piano, dispuesta a tocar cualquier cosa.

Entre el coro de elogios que acogió su ejecución, Mit-sú no supo, al terminar, como había estado. Al levantar los ojos, se encontró con la mirada demasiado ardiente de Michaud y sintió una aguda vergüenza y a la vez un agudo rencor como si la insultasen, y aunque nunca tampoco había aprendido a reflexionar, sintió por Chao-Chin un furor oscuro, en aquella soledad absoluta, se acogió de nuevo a la mirada del novelista.

III

Por primera vez desde que estaba casada, Mit-sú se atrevía a pedir algo a su señor natural. Lo que había pedido, era no recibir al novelista a solas.

—Me comentarán, Chao-Chin, y mi honra es la tuya.

—Jamás nadie puso en tela de juicio la honra de mi familia, y jamás faltó una mujer de la tuya a sus deberes. ¿Qué puedo temer? La murmuración no se atreve con casas como la nuestra, y por lo demás, no hago sino romper con estúpidas tradiciones que nos acreditan en todas partes como a verdaderos salvajes. ¿No reciben las mujeres de occidente solas a sus amigos?

—Henry Michaud es un hombre muy audaz. Fuera de mi padre y de tí, casi no he hablado con hombres en mi vida, y así como tú eres de innovador en las costumbres era mi padre de tradicionalista, y como tal, rara vez dirigía la palabra a mi madre y a mí. Nunca tú me miraste en la forma en que me miró Michaud. Tengo miedo, Chao-Chin.

Chao-Chin se echó a reír.

—Eres pueril, Mit-sú, por no decir necia. ¿Va a atreverse acaso a faltar al respeto a la señora de un ministro del emperador? No sé yo que te mirara en ninguna forma especial. Además, no faltará quien le diga que soy el primer tirador del imperio. ¡Pero qué tonterías dices y me haces decir!

Sin embargo, Chao-Chin estaba de buen humor y no se enfadó mayormente.

Como Mit-sú expresase su pueril desesperación entrecruzando una con otra las manos largas y dulces como almendras, se echó a reír:

—Jí, jí, jí, jí...—mostrando unos dientes muy amarillos donde el cepillo occidental, había paseado bien poco.

IV

Mit-sú aprovechó la distracción de Chao-Chin que no dió órdenes especiales respecto del traje que debía vestir al día siguiente. Sólo envuelta en sus maravillosos kimonos, Mit-sú, se sentía dueña de su belleza y por lo tanto, dueña de sí. Ya se sabe que la belleza es arma que puede ponerse sin riesgo de perder frente a cualquiera otra. Mit-sú, armada de sus alfileres de oro de los monstruos de sus dragones bordados, se creía incluso capaz de desafiar la mirada de ese hombre que conocía tan bien los secretos de todas las mujeres, que no eran para él, así lo creía Mit-sú, sino insectos a quienes viviseccionaba con fría crueldad para estudiar en ellas los latidos del corazón.

Aunque sentía de antemano un odio oscuro por el novelista, se había hermoseado cuanto le era posible para defenderse mejor y no había descuidado ningún detalle para parecerle grata. Su último libro releído la noche anterior estaba junto a ella con ese aire amasado y un poco deshecho de los libros muy apasionadamente leídos. La pobre Mit-sú tenía miedo, pero

después de preparar sus baterías de guerra, todavía se sentía optimista y se creía aún capaz de ganar la batalla.

—Mit-sú, ¡qué maravilloso aposento!

Mit-sú lo había acogido en un saloncito particular, donde Europa no se hallaba representada sino por el libro del novelista.

—¡Mit-sú!... perdonad, señor, pero en mi país, nadie puede llamarme en esa forma, excepto mi marido.

Mit-sú se había puesto de pié para recibir al visitante, y al mismo tiempo que balbuceaba en voz muy baja la frase anterior, se inclinaba ante él con la misma reverencia llena de gracia con que lo saludara la primera vez. Michaud, muy dueño de sí como siempre, avanzó hasta la japonesita, cogió su mano, y la besó. Tenía ya pensado de antemano, entre sus planes de seducción, retener con un beso largo y turbador, la manecita que se le iba a tender, pero todo aquello le pareció prematuro, dada la exclamación anterior.

—Perdonad, no ha sido sino una manera de saborear vuestro nombre. Desde ayer, ha sonado toda la noche en mis oídos. (Era verdad, pero no se habría atrevido a dirigir esta galantería a una mujer de su raza. Contaba con la ingenuidad y la falta de mundo de Mit-sú). En Europa solemos prescindir rápidamente de los tratamientos de etiqueta con nuestras amigas que tienen nombres hermosos. Permitidme igual confianza y no os enfadéis, Mit-sú...

Mit-sú se enfadó en el fondo, pero prefirió disimularlo. ¿Si era uso en Europa? ¿No le había encargado su marido que no apareciera salvaje ante su visitante? ¿No era además de rigor en la cortesía japonesa el complacer a los huéspedes?

—Vos mandáis, señor, para que yo obedezca. Perdonad mi indiscreción y llamadme como mejor os plazca.

Habiendo conocido Mit-sú por instinto que empezaba a turbar al caballero, se sentó con las piernas cruzadas sobre un minúsculo taburete, y miró a Michaud de frente y sonriendo.

—Os he ofrecido un té japonés. Estoy, como veis, vestida a la usanza de mi país...

—Regio atavío gastáis. ¿Por qué os vestís de otro modo algunas veces?

—Por obedecer a Chao-Chin. Nosotras somos demasiado pequeñas para ostentar las toilettes que llevan las mujeres de Europa. Bien se me alcanza, que vestidas de ese modo, y sobre todo junto a ellas, perdemos enormemente.

—Vos os veis siempre muy hermosa, pero estáis indudablemente soberbia con este kimono.

—Sois muy amable, señor Michaud.

—No es extraño, porque os amo desde ayer.

Michaud sabía que la japonesita no había oído nunca hablar de amor y que no había leído más libros que los suyos. Su marido, seguramente no se habría molestado en hacerle la Corte a la europea. El adulterio sería para Mit-sú, simple literatura. No entendería de matices, era demasiado inocente. ¿Para qué gastarse todos los rodeos que había que emplear con una europea? El Japón es un país simple, pensaba Michaud, y no está mal descansar en él, de las horribles complicaciones de París.

Mit-sú, entre las sedas de su kimono, tembló. Miró en torno suyo con azoramiento y pensó en huir. Michaud, presto a detenerla, la miraba con una serenidad risueña y complacida.

—Las mujeres japonesas no conocen el amor, Mit-sú, y yo vengo a enseñaros. Os he elegido entre todas a vos, porque sois la más hermosa y la con quien la enseñanza me será más grata.

—Estoy segura, señor, que me decís cosas que no debéis y que hago mal en continuar escuchando. Tened la generosidad de no burlaros de mí!

Había tan honda súplica en su voz, que impertérrito Michaud llegó a conmoverse. La verdad es que Mit-sú con sus pequeñas blancas manos suplicantes, adquiriría la sorprendente belleza de un pequeño ídolo de marfil. Era tan fácil de coger entre los dedos como un idolillo. Con un movimiento ligero, Michaud estuvo junto a ella y la cogió por los hombros.

—Nunca nadie te ha besado ¿verdad? los japoneses no besan. Y como el amor está todo en los besos ¿qué sabéis vosotros del amor?

—Chao-Chin os matará, señor, dejadme...

—Yo no temo a Chao-Chin, yo te defenderé de Chao-Chin, pero en el beso está la primera lección de amor. Déjame besarte.

Mit-sú no podía amar a Chao-Chin, veinte años mayor que ella, a Chao-Chin que jamás le había enseñado el amor. A la presión de Michaud, cedió por falta de fuerzas. No correspondió a su largo y apasionado beso, pero sintió un placer oscuro, mezclado al sentimiento preciso de un profundo terror. Además, ella no podía ni siquiera sospechar que hubiese hombres en el mundo, que mintiesen con el amor, y que osasen especialmente mentirle a ella, dama de condición tan encumbrada. La seguridad del amor de Michaud la entregó a él a manos atadas. Lo miró con angustia y le preguntó:

—¿Por qué, cómo me habéis amado en tan corto tiempo?

—No se necesita más tiempo para amar, japonesita niña, pequeña mujercita inocente. ¿Es posible que las que no os tropezáis con Henry Michaud, paséis por la vida sin sospechar siquiera lo que es el amor?

—Yo he leído algunos libros japoneses. Ahí aparece en bellas palabras lo que es el amor.

—¿Nunca has amado tú, sin embargo?

—Mucho he soñado con el amor, mucho lo he sentido pero sin que se fije en nadie. Pero creo que ahora me doy cuenta que también te amé desde ayer.

—Ya lo creo que me has amado desde ayer, muñequita. Siempre el amor es mutuo. No había ninguna razón para que yo te amara y tú permanecieras indiferente.

Mit-sú quiso echarse a llorar.

—Te amo, es verdad, pero debes marcharte. Yo tengo un dueño. Mi señor Chao-Chin. Yo no puedo pertenecer sino a él. En nuestra familia nunca se ha conocido el adulterio, que además, nos costaría la vida. Mientras más me améis, señor Michaud, más pronto debéis retiraros...

Y para tomar un poco de bríos, hizo sonar el gong. Una criada japonesa apareció.

—Traénos el té.

El té llegó en minúsculas tacitas, un poco amargo para el paladar de un extranjero.

—¿Os sabe mal, señor?

—Me sabe divinamente, pero no así que empieces de nuevo a tratarme de vos. No se trata así a los que se ama.

Se acercó de nuevo a Mit-sú y la cogió por la cintura.

—Conoces tú la historia de Madame Butterfly?

—Nó ¿cómo es? ¿vas a contarme una historia?

—Deseos me dan, pero no quiero perder el tiempo. Tú historia se parecerá a la historia de Madame Butterfly.

—¿Es una historia feliz?

—Es la historia de amor que irás viviendo. Madame Butterfly es una japonesita como tú que se enamoró de un extranjero...

—¿Y fueron muy felices? ¿Se casó con el extranjero?

—No, porque como tú, era casada, pero huyó con el extranjero.

—Imposible, su marido los habría muerto mil veces antes de que pudieran huír.

—Pues no los mató, huyeron con demasiada rapidez, como huirás tú, pequeña Mit-sú, conmigo.

—Me moriría primero, Michaud. Nunca podría afrontar la cólera de Chao-Chin, ni la maldición de mis antepasados.

—Tú me amas sólo a mí, y por lo tanto sólo en mí creerás. Yo te digo que Chao-Chin no podrá nada con nosotros, y que tus antepasados están demasiado bien muertos, para maldecir. Dentro de muy pocos días partiremos en un hermoso barco. ¿Has navegado Mit-sú?

—En cortos viajes, sí...

—Este va a ser muy largo. Ya verás tú que dicha, mi pequeña gatita japonesa. Yo soy muy rico, nada te faltará.

Besó las manitas de Mit-sú en las palmas, para buscar más su calor.

—Te amo Michaud, pero jamás me iré contigo.

—Te irás, te irás; las japonesitas han nacido para obedecer al hombre a quien aman. Tú eres mía exclusivamente, porque sólo me amas a mí... ¿desde ayer?... para amar no hace falta más de un momento. Todo lo demás es superfluo, créelo Mit-sú. Pero aún nos quedan algunos días. En el curso de ellos, serás más mía y no te resistirás. Ahora, bésame tú, con esa boca que no sabe besar. Aprende en la mía a saborear el dulce más dulce que encontrarás en la existencia.

El beso largo, el beso sediento, el beso en que el materialismo más abyecto se agudiza tanto que se parece al amor como el amor mismo, cogió a la japonesa en su embriaguez abrasadora. Ya no podía temer Michaud al arrepentimiento. La japonesa de veinte años, había conocido por primera vez un placer demasiado agudo y terrible, para que renunciase a él, por miedo a los antepasados o a los certeros disparos de Chao-Chin. Segura de no hacer jamás otra cosa que obedecer al novelista, tuvo sin embargo Mit-

sú el instinto de que no debía confesarlo todo, y balbuceó aún sofocada por la presión del último beso.

—Jamás me iré contigo, jamás, jamás; nos mataría Chao-Chin...

V

Pero huyeron antes que Chao-Chin los matara, impunes, sin que los antepasados y su fantástico poder pudieran nada en contra de ellos. Huyeron, como lo prometiera Michaud, en un hermoso barco. El novelista había hablado a la japonesa de un largo viaje al rededor del mundo. Naturalmente que Mit-sú ni siquiera preguntó a donde iban. Por su parte, ella seguía las huellas de aquel beso tan hondo que la había enloquecido y sin el cual no se encontraba capaz de seguir viviendo. Michaud se mostraba pródigo de un amor que no había de ocupar mucho espacio en su existencia, y en los labios dulces de la japonesita saboreaba el placer del coleccionista dueño de una pieza rara y difícil de conseguir.

En un lujoso camarote había acomodado Mit-sú sus sedas orientales, sus kimonos y sus largos alfileres de oro. De día apenas aparecía sobre cubierta junto a Henry Michaud, cohibida por las miradas insistentes

Restaurant Naturista

AHUMADA 135

- TELÉFONO 4122

Desayuno, Almuerzo, Onces
y Comida Vegetariana.

Atención Esmerada - Precios Módcos

que seguían su figurita exótica ataviada con trajes europeos. De noche, vestía sus magníficos kimonos y paseaba tranquila del brazo del novelista, un amor salobre, con luna tropical, calentadora como el sol, por las anchas cubiertas del trasatlántico.

—¿Vivo ya la novela de Madame Buterfly?—era su pregunta constante al novelista.

—La vives, la vives.

—¡Dime, dime si tiene un desenlace feliz!...

—Ya lo verás. Mit-sú, un desenlace maravilloso. ¿No soy acaso artista? ¿Podrías esperar otra cosa de mí?

Y los días pasaban. La temperatura empezaba a variar. Los kimonos de la japonesita no bastaban ya. Hubo de comprar en un puerto un abrigo de pieles. El sol, enturbiaba menos los días, y la luna, comenzaba a ponerse blanca, como un trozo de hielo, y a helar las noches azules y estrelladas. El barco, tenía a la japonesita aún pendiente de su tierra. Le parecía que con echar el ancla, y tender los puentes, ya estaba en las dársenas de Yokohama. Pero la llegada a Europa, le infundía un pavor del que no sabía defenderse. Le infundía miedo París, la ciudad de las mujeres altas y hermosas, rubias como el sol, donde ella iba a disonar como un pequeño lunar moreno y exótico. Michaud podía cansarse de su extraño juguete y amar a una de aquellas maravillosas europeas... Y no podía pensar más, sin que la tortura de estos pensamientos, le produjeran vértigos.

Michaud la colmaba de flores, de dulces, de pequeños regalos de toda especie que sorprendían su ignorancia asiática, y saboreaba al parecer con la misma fruición el amor en la dulce tacita orlada de dientes blancos como el arroz de la boca de la japonesa.

La Pallice. Primer puerto francés a que la japonesita arribaba. Francia. Su corazón saludó con ritmo apresurado la tierra verde y dorada con que había soñado tanto.

Arrebujada en los trajes europeos que no lograban disimular la gracia ligeramente contrahecha de su cuerpecito asiático, pretendió desembarcar con Michaud.

—¿Nos quedamos aquí? ¿No es esto Francia ya?

—Volveremos aquí en seguida. Sigamos ahora para Liverpool. Me duele abandonar el barco donde tan dichosamente te he amado, deliciosa japonesita. Quédate. Iré a tierra y volveré en seguida.

—¡Irás a tierra!...

—Ya lo creo, si estamos en Francia. ¿Te olvidas que tengo madre y hermanas? Voy a poner un telegrama a mi familia.

—Tengo miedo de quedarme sola, aquí en el barco...

—¿De qué, lindo bebé japonés mío? En una hora estoy de vuelta.

—Michaud...

—Mit-sú, no seas tonta.

El tono se hizo ligeramente agrio. Mit-sú enmudeció.

Tenía miedo de quedarse sola, miedo a las insistentes miradas de los pasajeros, que desembarcaban en su mayoría. Y sobre todo miedo... Nunca querría detenerse a pensar en aquello que le inspiraba miedo.

Se metió en su cabina, y miró el reloj. Las diez. Michaud había dicho que regresaría antes de una hora. Pero siempre se tardaría un poco más. Era seguro. Llegaría a las once y media, o a las doce. ¿Pero a qué horas salía el vapor? Había que averiguarlo para estar tranquila. Marchó al comedor, constató que su hora estaba bien, y caminó por la cubierta en busca de la pizarra anunciadora de la hora de la partida.

«El barco partirá a las doce». ¿Se había fijado en la hora de la partida?—pensó, y regresó a su cabina. Allí se tendió sobre el pequeño catrecito de bronce. Con los ojos cerrados, el tiempo transcurre más ligero.

—¡Qué tonta soy! qué tonta soy!—se decía despacito, mientras su coranzoncito japonés saltaba en su pecho con la intranquilidad de un pájaro en manos de un gigante. Pasó mucho rato sin que quisiera mirar el reloj. El ir y venir de los pasajeros que desembarcaban y embarcaban disminuyó. Cuando alzaba los ojos veía pasar por la ventanilla uno que otro marinero, y escuchaba uno que otro grito a las perdidas, Miró la hora. Las once y media.—¡Dios mío!

—Es seguro que va a ser el último en llegar,—se dijo temblando.

Un golpecito en el camarote la sobresaltó. Michaud generalmente no golpeaba para entrar, y cuando lo hacía tenía una manera especial de tamborilear los dedos sobre la madera de la puerta. ¿Quién sería? Casi tenía miedo de abrir.

Los golpes se repitieron más enérgicos. Balbuceó:

—Adelante...—Entró un muchacho de gorra y uniforme.

—Perdón, señora. ¿Las maletas del señor Michaud?

—¿Para qué... las maletas?

—El señor Michaud ha mandado por ellas; se queda en La Pallice.

—¿Nos quedamos en La Pallice? Viene entonces por mí, luego, cuándo?

—Señora, no lo sé. Sólo tengo orden de llevar las maletas y tenerlas pronto para el expreso a París.

—¿También mis maletas?

—Sólo las de él, señora,—balbuceó el muchacho poniéndose encendido por la súbita comprensión de las cosas. ¿Cuáles son, con vuestro permiso?

Presa de un inmenso azoramiento, la japonesita no contestó. Abrió la cabina, atropelló al muchacho y salió corriendo con sus pies menuditos que apenas si oprimían el suelo al pisar. Tropezó con una nurse, como todas rubia y apática. Era justamente la nurse que atendía su cabina.

—¿Dónde está el señor capitán?

—¿La oficina del señor capitán? Arriba, en el otro piso a mano derecha, por ahí.

—Gracias.

Ni siquiera ocupó el ascensor. Confiaba más en sus pies ligeros, infinitamente rápidos por el terror. Subió corriendo, ligera como un pájaro, las empinadas escaleras. Tomó a la derecha, y absolutamente blanca a fuerza de palidez, irrumpió en la habitación abierta del capitán. La vio éste entrar como si la esperara, y la saludó con gentileza extrema, mezclada a una ternura melancólica. Cogió su manecita fría, la besó y luego la retuvo entre las suyas, atrayéndola hacia sí, para obligarla a entrar en la habitación.

—No os desesperéis. Pensad que os habéis librado de un canalla, y que a vuestra edad las más hondas heridas curan fácilmente.

—Capitán ¿qué decís, qué decís? No os entiendo...

—Pero entonces ¿es que no sabéis nada... todavía?

—Sospecho, sospecho,—dijo la japonesita a punto de desmayarse,—es decir, ya sé.

El capitán vertió agua en un vaso, y con sus propias manos lo acercó a sus labios.

AGENTES PARA EL INTERIOR DE
LA REPUBLICA Y PAISES SUDAMERI-
CANOS, NECESITAMOS, SERIOS, ACTI-
VOS Y DE RESPONSABILIDAD, PARA
LA VENTA Y COLOCACION DE SUSCRI-
CIONES A ESTA REVISTA.

—Bebed, estáis muy pálida. Os ruego que no os aflijáis tanto. Yo os defenderé. Contad con mi ayuda más decidida... ¡Mil veces canalla!... Os dejó esta carta.

La japonesita, trémula, y azul a fuerza de palidez, no contestaba ya. Un agudo pitazo, la hizo reaccionar. Quiso salir huyendo.

—¡Se va el barco, capitán, dejadme salir!

—No os dejaré. ¿Qué vais a hacer en tierra? Leed esa carta primero y yo me haré cargo de vos hasta dejaros segura. Un francés os ha ofendido, otro os defenderá.

La japonesita en la imposibilidad de huír, se dejó caer de nuevo en la silla puesta a su espalda. El capitán cogió la carta, y sin hacerle pregunta alguna la abrió.

Decía así:

«Mit-sú, me voy. Yo te ofrecí un hermoso desenlace a la divina aventura que hemos corrido juntos. Prolongarla, habría sido ensombrecerla de tedio. Un artista no puede proceder de otro modo, linda-Mit-sú romántica, a quien adoro y a quien abandono para no dejar nunca de adorar. Vuelve a Japón, pero si tienes miedo de Chao-Chin, quédate en París. Soy rico y la suma que dejo en tu poder, aunque te parezca crecida, no hará mella alguna en mis intereses. Puedes vivir con ella en París una vida brillante de Musmé de quien se enamorarán los propios príncipes. ¡No tengas miedo a tus inofensivos antepasados! Cuando seas tan civilizada como yo, iré a verte. Cuando aprendas que el amor muere de eternidad y no de volubilidades adorables... Y una letra con varios miles de francos. Michaud».

VI

El barco hendía las aguas grisáceas y frías de Enero. Noche. El capitán no había dejado sola a la japo-

nesita. La acompañó a su camarote. Ordenó a la nurse que la acostara, y llamó al médico, quien recetó una poción calmante. Mit-sú ardía de fiebre sin poder llorar. El capitán había creído que sería conveniente dejarla sola, pero ella se aferraba con ambas manecitas a la vieja mano de su amigo improvisado.

—¡Estoy tan horriblemente sola! ¡No me dejéis!

El médico creyó prudente inyectar morfina. Sin soltar las manos de su amigo, fué poco a poco quedándose dormida. El capitán sostenía sobre su brazo el peso de su cabeza y la caricia de sus cabellos negros lisos, sin moverse, para no incomodarla, ni siquiera para enjugar las lágrimas que no habían dejado de resbalar por sus curtidas mejillas, desde que supo la horrible desgracia de la japonesita.

Creyendo que tardaría en despertar, marchó a su departamento, dejándosela recomendada a la nurse.

Era media noche, cuando la japonesita despertó. Inconsciente por la morfina, llamó a Michaud, y lo buscó con los ojos ansiosamente. De pronto recordó, y llamó al capitán. La nurse se había marchado. Hizo arder la luz, y se echó sobre los hombros un kimono. Salió. Iba en busca de algo. Posiblemente en busca del capitán. Salió a cubierta y se pasó por las galerías escasamente alumbradas. Tropezó con el sereno que la miró con una vaga sorpresa. Después de todo, no era muy inusitada la presencia a media noche de viajeros románticos o melancólicos, amigos de las tinieblas. Pensó incluso en una cita de amor. La japonesita marchó directa a popa. El sereno la dejó pasar sin interrogarla. Tropezó en un cable y estuvo a punto de caer. Pero se alzó en el acto y continuó su camino. Una vez en la popa, afirmó todo el cuerpo sobre la baranda, y se puso a mirar con ojos enloquecidos la estela descolorida por las sombras que el barco dejaba a su paso. El sereno que la había seguido, la espío un rato sin que ella se diese cuenta, y como

nada la vió hacer, se afirmó en sus primeros pensamientos y se marchó, tranquilo.

En realidad ella no pensaba en nada. Tenía mucha fiebre. Quería refrescarse las sienes con el aire frío de la noche. No sufría gran cosa. Era como si le hubieran inyectado morfina en el cerebro. Tenía los pensamientos confusos. Sabía que debía estar sufriendo horriblemente y no encontraba ese dolor. Sin embargo se le ocurría que aquella especie de bienestar podía ser pasajero. Miró las aguas grises. El bienestar definitivo estaba allí. ¿Por qué se padecía entonces, si era tan fácil eliminar los pensamientos doloridos? La morfina era un bien pasajero. El mar... Fué poco a poco encontrando la solución. Era fácil subir, y dejarse caer. Alcanzó a pensar, a pesar de la modorra de su inteligencia, que el sereno estaba ahí cerca y que la sentiría caer. Llamaría pidiendo auxilio. El capitán se levantaría el primero. ¡Bondadoso capitán! Lanzarían botes al agua. Los poderosos reflectores del barco iluminarían las aguas en busca de su frágil cuerpecito. Y el enorme trasatlántico se detendría por ella poco a poco... Bien inútil sería. No era fuerte. En media hora ya estaría muerta, ya habría descansado para siempre... Ella no sabía sufrir. ¿Por qué Michaud no pensó que ella no era más que una niña, una niña pequeña que no podría soportar el dolor, como una mujer?

Miró hacia atrás. El sereno no estaba. En ningún caso alcanzaría a cogerla antes de que ella estuviera sobre la borda y luego después... en el mar. Sintió frío. ¿Por qué? ¿Estaba despertando de nuevo? Recordaba que cuando salió de su camarote no sentía nada, y ahora temblaba con todo su cuerpo presa de un frío verdaderamente mortal. Se le ocurrió la idea de volver en busca de un abrigo. Se rió, así entre las sombras de la noche, tan cerca de las sombras de la muerte, porque pretendía evitar un pequeño frío, ella que iba en busca de un frío eterno. Y sin embargo tenía mie-

do, pero no era miedo de morir, era miedo a esa agua negra y helada que iba dejando el barco tras de sí. Si todo esto le hubiera pasado antes, en las noches tibias del trópico, que dulce habría sido morir en esas aguas amorosas...

El frío comenzó a hacérsele tan intenso, que ya apenas se sostenía en pié. Un extraño temblor le corría por las piernas, por los brazos, y hacía chocar sus dientes unos con otros. Pensó que aquel maldito temblor iba a hacerle difícil el alzarse sobre la baranda, y sin embargo debía morir y morir luego, porque aquel frío era demasiado terrible para soportarlo mucho tiempo, y era además incapaz de matarla, como le ocurriría con el hielo del agua. Hizo un esfuerzo, y temblando hasta el extremo de que sus miembros no le obedecían, logró alzarse sobre el primer travesaño del barandal. Miró el agua negra, y le pareció ver asomar sobre su superficie un monstruo horrible. Algún animal instintivo que acechaba su caída para devorarla... ¡Oh! Vivir es terrible, pero también es terrible morir! Empezó a advertir que le faltaba el valor, y para dárselo pensó en Michaud, en su infame carta, y en sus infames miles de francos. Todo era preferible a vivir una vida entera con ese recuerdo. Hizo un nuevo esfuerzo con aquellas energías cobradas súbitamente, pero eran demasiado pasajeras, y ni siquiera alcanzó un nuevo travesaño. Quedó allí tendida, entre las sedas moradas de su kimono, tan frágil como una muñeca abandonada por un niño voluble, haciendo inverosímil equilibrio, partida en dos sobre la baranda, tan cerca de las aguas que le atraían y del monstruo instintivo que seguía el barco para devorarla.

VII

Con la aguja de la inyección en la mano, el médico mantenía su aspecto impenetrable. Mit-sú, sin conoci-

miento agonizaba. El viejo capitán lloraba con el desconsuelo de un padre que ve morir a su única hija.

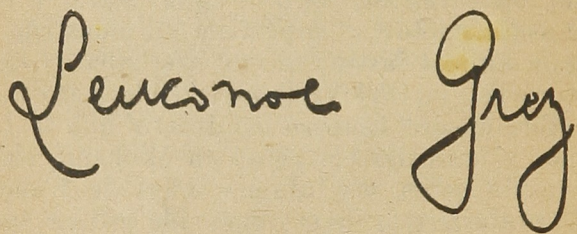
—¿No hay esperanzas?... ¿Cree usted?... ¿Ninguna?

—No hay esperanzas. El corazón no reacciona ya.

—¿Y para ese miserable no hay ningún castigo? Si fuera más joven, si no me temblara el pulso ya, lo buscaría para matarlo aunque sólo conozco desde ayer a esta desgraciada.

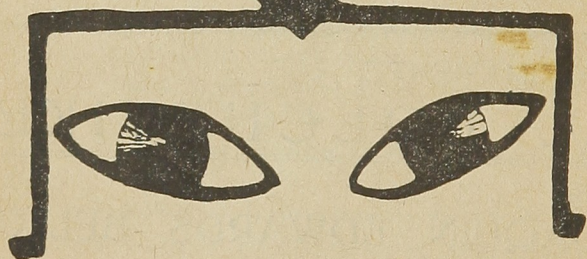
El médico cogió en silencio la muñeca pendiente, fría ya, y sin vida. No percibió el pulso. Con una emoción ligera, por lo inusitado del caso, dijo:

—Morirá dentro de un momento. Ha sido realmente una infamia. ¡Pobre japonesita!

A handwritten signature in dark ink, reading "Leucnoe Grey". The script is cursive and elegant, with the first name "Leucnoe" written in a single continuous stroke and the last name "Grey" also in a continuous stroke, separated by a small space.

(Ilustró A. Molina La-Hitte).

Y
O
R
K



PIDA

COLONIA

Y
O
R
K